

# Cuentos como pulgas

**Beatriz Osés**



MONTSERRAT BATET.

## La oveja negra

¿Qué hace una oveja negra encima de un abeto?... Está lloviendo. La oveja negra tiene mucho frío. Así que se sube la cremallera del chubasquero y se coloca la capucha.

Cuando la tormenta pasa, la oveja negra abre una bolsa de margaritas y las mastica en silencio. No deja de pensar en que los leñadores volverán al bosque... Poco a poco, llega la noche. La oveja negra se duerme en lo más alto del viejo abeto.

A la mañana siguiente un fuerte ruido la despierta. A lo lejos, por la carretera, aparecen los camiones. «¡Ahí vienen!» La oveja negra se prepara y se abraza al árbol con fuerza.

—¡Baje de una vez!, gritan a coro los leñadores mirando hacia arriba.

La oveja negra contesta:

—¡Nunca!

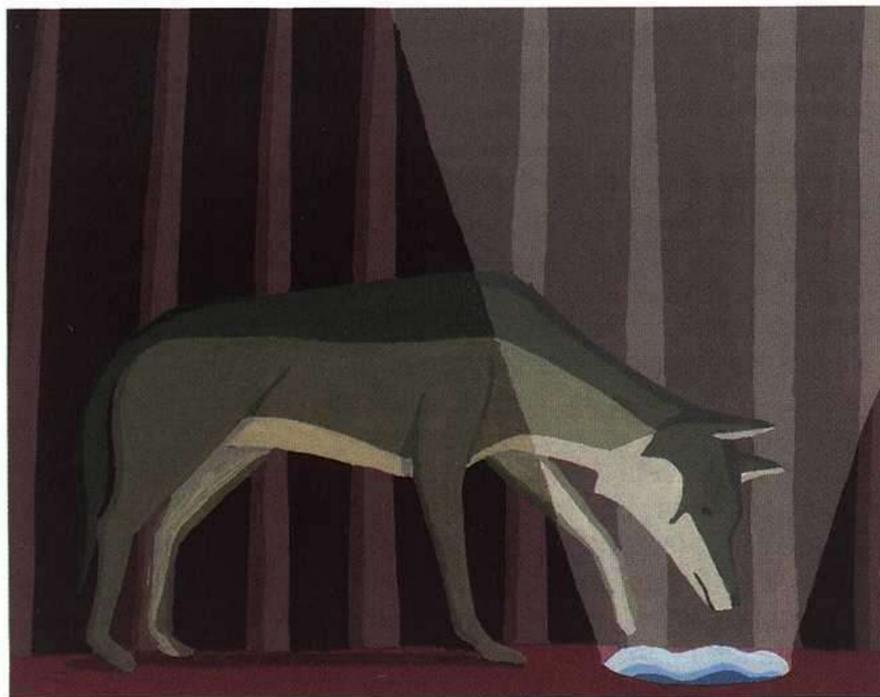
—¡Esta oveja está tonta!, protesta uno de ellos.

Un leñador se ha acercado al viejo abeto. Ha levantado el hacha... La oveja negra se asusta. Cierra los ojos. «¡Es el fin!», piensa. Entonces, alguien grita: «¡Mirad!».

La oveja negra no está sola. Hay una niña subida a otro

abeto. Sobre un pequeño pino, aparecen tres vacas y una cebra. Entre las ramas de un nogal, descubren a una abuela. No lejos de allí, cinco violinistas se abrazan a un cerezo. En cada castaño asoman dos cocodrilos, tres leones y un poeta. Dos elefantes rosas se atan a una higuera...

La oveja negra sonríe feliz junto al abeto. Los leñadores se marchan del bosque...«¡Por una oveja tonta!», protesta uno de ellos.



MONTSERRAT BATET.

## El espejo

Lobo Verde ha encontrado un viejo baúl en medio del bosque. Parece que alguien lo hubiera abandonado. Así que se acerca. No hay nadie alrededor. Lobo Verde duda... «¿Qué habrá dentro?»

Con un poco de miedo, Lobo Verde abre el baúl muy despacio. En su interior, encuentra un extraño espejo. Lo coge entre sus manos. Se mira en él. Pero no ve nada, salvo unas pequeñas olas... «¡Qué espejo tan raro!»

Lobo Verde coloca el espejo en el suelo. Entonces se da cuenta. Se agacha, mete el dedo muy despacio. «¡No es un espejo, es agua!» Lobo Verde se arrodilla junto a aquel miste-



MONTSERRAT BATET.

rioso charco que huele a mar. Mete el brazo, pero no toca el fondo... «¡Qué profundo!» Lobo Verde se marcha. Se le ha ocurrido una idea. Regresa con unas gafas de buceo y unas aletas. Coge carrerilla y se tira de cabeza...

El charco no tiene fondo. Lobo Verde bucea y bucea. Allá abajo, se encuentra con una ballena. Está atrapada en una red. Apenas se mueve y tiene los ojos cerrados. Lobo Verde nada más deprisa. Coge una de las cuerdas y le pega un bocado. Y así, una tras otra, las va cortando con sus dientes afilados. La ballena azul abre los ojos y sonrío. «¡Al fin estoy libre!»

Como Lobo Verde lleva mucho tiempo bajo el agua, la ballena azul lo toma de la mano y le ayuda a subir hasta la superficie del charco. «¡Gracias!, ¿volveremos a vernos?», pregunta la ballena. Lobo Verde se levanta sus gafas de buceo y responde convencido: «¡Mañana, en el mismo charco!»

## Microcuentos

I

Rosa y la oveja negra tenían una biblioteca de libros especiales. Cuando se sentaban en los sillones a leer, les daba un misterioso escalofrío por la espalda. Poco después notaban cómo empezaban a flotar por encima de los asientos. Y, a medida que seguían leyendo, se iban elevando más y más hacia el techo de la habitación. Rosa y la oveja negra nunca cerraban los libros de golpe para evitar caídas. Preferían hacerlo poquito a poco. De esta manera, regresaban lentamente a sus sillones y disfrutaban más de la lectura.

## II

Cuando estaban muy aburridos, Juan Luna y su sombra jugaban al escondite dentro de la casa y aunque eran inseparables simulaban que no se veían y los desencuentros se prolongaban durante horas hasta que uno de los dos fingía descubrir por casualidad la presencia del otro. Llegaron a perfeccionar tanto la sensación de asombro que acabaron por asustarse de verdad. Tomaron entonces como medida de precaución la costumbre de silbar flojito mientras se buscaban. \*

## III

El hombre de hielo comía palabras. Las devoraba en el salón de su castillo azul. Solía masticar libros muy despacio y utilizaba los marcadores de páginas como palillos. Sentado en su butaca, el hombre de hielo se llevaba a la boca un libro tras otro. Pero por más que arrancaba páginas nunca estaba satisfecho.

Una tarde, el hombre de hielo tomó entre sus manos uno de aquellos libros amarillentos. Después de colocarlo sobre la mesa, observó la hoja en silencio. Poco a poco, de aquellas minúsculas letras fue surgiendo un bosque con olor a menta y entre sus árboles apareció una niña. El hombre de hielo se acercó más a la página. Empezó a leer. La niña del bosque le tendió la mano. Casi sin darse cuenta, el hombre de hielo entró en el cuento.

## IV

Juan Luna nos habló un día de las nubes de la sopa. Unas nubes muy delgadas que se formaban sobre los caldos calientes. Si las mirabas en silencio, llovían diminutas letras de pasta que caían en el plato. \*

## V

Para que no se aburriera, la vieja tortuga dejaba que Juan Luna le colocara las piezas del caparazón... A veces, cuando estaba triste, Juan Luna también dejaba que la vieja tortuga le recompusiera el corazón. \*

## VI

Aquella tarde, cuando estaba a punto de regresar a su casa, el viejo bibliotecario se acercó a una de las ventanas. Abrió los cristales en silencio. Contempló los tejados de la ciudad y esperó un momento. Al poco tiempo se escuchó un ruido... Un pequeño diccionario comenzó a mover sus alas. Y uno a uno, los libros fueron saliendo de sus estanterías. Algunos de ellos picoteaban los archivadores, otros bebían gotitas de los tinteros. Los más confiados se posaban sobre la gabardina del bibliotecario. Antes de echar a volar, le hacían cosquillas con sus hojas.

## VII

Los niños se tumbaron sobre las hierbas azules del bosque de cometas. Ya se habían ajustado las gafas de natación y esperaban impacientes... Desde aquel lugar podían ver cómo se acercaban lentamente unas gigantescas nubes de color naranja. A la señal de Juan Luna, todos abrieron la boca. Poco después, comenzó a llover un zumo dulce que sabía a verano. Y el aire olía a azahar. \*

## VIII

A veces, la lombriz se miraba en el espejo y veía un escarabajo. A veces, el escarabajo se miraba en el espejo y veía una lombriz. Los dos se frotaban la barbilla muy despacio y se observaban sorprendidos. Así pasaron algunos meses hasta que una mañana acercaron sus manos al cristal y se dieron cuenta de que no había espejo.

## IX

Había una vez un pequeño cocodrilo que no podía dormir. Se pasaba las noches leyendo... Y, por el día, soñaba.

## X

Un día, el león y la cebra se enfadaron. Para no verse, levantaron un muro entre ellos. Mientras lo construían, el león dejó un pequeño agujero entre las piedras. Cuando estuvo terminado, el león y la cebra se sentaron cada uno en su lado. Y se cruzaron de patas. Y pasó el tiempo. Una noche, el león se levantó sin hacer ruido. A través del agujero espió a la cebra que estaba durmiendo. A la noche siguiente, mientras el león roncaba, la cebra asomó su cabeza por encima del muro y espió al león. Y pasó más tiempo. Una mañana el león solitario cogió con delicadeza una margarita y metió su brazo en el agujero del muro. Al ver la flor que asomaba entre las piedras, la cebra dudó un momento pero se acercó hasta ella. A ambos lados del muro, el león y la cebra sonrieron.

## XI

Una mañana la pulga se sintió muy sola... Se asomó entonces a la ventana de su habitación. Miró hacia arriba, miró hacia abajo. Y, para su asombro, al otro lado de la calle, en cada una de las ventanas del rascacielos, descubrió a otras tantas pulgas solitarias esperando un amigo. \*

## XII

La oveja negra tenía pánico a las alturas... Por eso, hablaba en voz baja y nunca se ponía tacones.

### Nota

Los microcuentos marcados con un \* formaron parte de la obra *Cuentos como pulgas*, con la que Beatriz Osés ganó el Premio Lazarillo 2006.